

DEL ROMANCERO VIEJO

I

LA MISA DE AMOR

Dos romances viejos. Datados en el siglo XVI, pero acaso más representativamente ilustrativos de otras tantas escenas del XV.

El primero, colorida miniatura apta para iluminar un *Libro de Horas* galante, un breviario de amor, no a lo divino, sino divinamente sensual, finamente erótico.

La joven dama se adentra en el códice como por la iglesia, decidida a enriquecer la caligrafía de una letra capital. Un aura matinal de primavera botticelliana emana de los claros azules de su vestido y de sus ojos, del pan de oro aplicado a sus cabellos, a sus joyas, a los bordados de su manto.

La mirada del lector traduce al natural su imagen, silueteándola en la vitela casi transparente. El devoto texto de su salterio se altera, se desdibuja, trocando la oración en canción o en suspiro:

Mañanita de san Juan,
mañanita de primor,
cuando damas y galanes
van a oír misa mayor.
Allá va la mi señora,
entre todas la mejor.
Viste saya sobre saya,
mantellín de tornasol,
camisa con oro y perlas
bordada en el cabezón.
En la su boca muy linda
lleva un poco de dulzor;
en la su cara tan blanca,
un poquito de arrebol,
y en los sus ojuelos garzos
lleva un poco de alcohol.

Así entraba por la iglesia
 relumbrando como un sol.
 Las damas mueren de envidia,
 y los galanes de amor.
 El que cantaba en el coro,
 en el credo se perdió;
 el abad que dice misa,
 ha trocado la lición;
 monacillos que le ayudan,
 no aciertan responder, non:
 por decir amén, amén,
 decían amor, amor.

(¿Será ésta la doncella cuyas «téticas agudicas» hicieron a más de un bisoño medievalista buscar en los diccionarios el significado de la palabra *brial*?)

II

EL INFANTE ARNALDOS

El segundo romance elegido se data a sí mismo en otra (¿o la misma?) mañanita de San Juan. Su protagonista es un doncel que haría buena pareja con la anterior infantina. Pero un maravilloso bajel le incita a la aventura:

«Allá va la nave,
 ¿quién sabe do va?»

Aves y peces siguen su estela como imantados por un son que para sí quisiera el flautista de Hamelin. ¿Canción para el amor o para la guerra? ¿Cuál más gustosa gloria?

«Los líricos y no rimados versos del romance —escribió D. Ramón Menéndez Pidal comentando la glosa que a éste hiciera el romántico Longfellow— le encantan con su dulce y monótona cadencia, como las amplias olas que en la playa se tienden sobre la arena reverberante de plata; al evocar la mística canción del marinero, los abismales secretos del mar embargan el alma del poeta, y el corazón del océano le comunica su latido estremecedor.»

El enigma del refrán final, con su «inefable misterio», constituye —cristalizado— todo un santo y seña iniciático de fidelidad y camaradería.

¡Quién hubiera tal ventura
sobre las aguas del mar
como hubo el infante Arnaldos
la mañana de San Juan!
Andando a buscar la caza
para su falcón cebar,
vio venir una galera
que a tierra quiere llegar;
las velas trae de sedas,
la ejarcia de oro torzal,
áncoras tiene de plata,
tablas de fino coral.
Marinero que la guía,
diciendo viene un cantar,
que la mar ponía en calma,
los vientos hace amainar;
los peces que andan al hondo,
arriba los hace andar;
las aves que van volando,
al mástil vienen posar.

Allí habló el infante Arnaldos,
bien oiréis lo que dirá:
—Por tu vida, el marinero,
dígame ora ese cantar.

Respondióle el marinero,
tal respuesta le fue a dar:
—*Yo no digo mi canción
sino a quien conmigo va.*

CABALLEROS Y ADALIDES

La selección nos la da hecha D. Juan de Mata Carriazo. Es la descripción del ejercicio auténtico de la caballería y del oficio de la guerra. No los del deporte y el ideal literarios de «las justas e los torneos», de lo que Waldemar Vedel llamara la «romántica caballeresca»; sino los

de la dura realidad de las algaras, las huestes o cabalgadas, los rebatos, las velas, las marchas nocturnas de aproximación, los asaltos de murallas «a escala vista». La vida real del hombre de armas hispano a lo largo de los para él efectivos «ocho siglos» de «Reconquista».

El primer texto lo toma D. Juan de Mata de *El Victorial o Crónica de Don Pero Niño, conde de Buelna, por su alférez Gutierre Díez de Games* (ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1940, «Col. de Crónicas Españolas», t. I, pp. 42-43; cap. V, «página cumbre» de la obra, según su antólogo).

El segundo pertenece a una carta de Fernán Pérez del Pulgar, datada en El Salar a 6 de abril de 1509 y dirigida a D. Pedro Navarro en vísperas de la partida de su expedición a Orán.

Ambos fragmentos están recogidos en el trabajo del recordado Catedrático de la Universidad de Sevilla titulado *La vida en la frontera de Granada*, que sirvió a su autor como Discurso de clausura del I Congreso de Historia de Andalucía, pronunciado en Granada el 19 de diciembre de 1976 y publicado en las *Actas* del mismo (t. II de *Andalucía Medieval*, Córdoba, 1978, pp. 281-282).

Rezan así:

I

CABALLEROS

«Los *cavalleros*, en la guerra, comen el pan con dolor; los biçios della son dolores e sudores; vn buen día entre muchos malos. Pónense a todos los travaxos, tragan muchos miedos, pasan por muchos peligros, abenturan sus vidas a morir o vivir. Pan mohoso o vizcocho, biandas mal adovadas; a oras tienen, a oras non nada. Poco vino o no ninguno. Agua de charcos o de odres. Las cotas vestidas, cargados de fierro; los henemigos al ojo. Malas posadas, peores camas. La casa de trapos o de ojarascas; mala cama, mal sueño: —¡Guarda allá! —¡Quién anda aý? —¡Armas, armas! Al primer sueño, revatos. Al alba, trompetas. —¡Cabalgar! ¡Cabalgar! —¡Vista, vista de gente de armas! Esculcas, escuchas, atalayas, ataxadores, algareros, guardas, sobre-guardas. —¡Helos, helos! —No son tantos. —Sí son tantos. —¡Vaya allá! —¡Torne acá! —¡Tornad vos acá! —¡Id vos allá! —¡Nuevas! ¡Nuevas! —Con mal vienen éstos. —No traen. —Sí traen. —¡Vamos, vamos! —¡Estemos! —¡Vamos!»

Tal es su oficio, vida de gran trabajo, alongados de todo viçio. Pues los de la mar, no ay igual de su mal: non acabaría en vn día su lazeria e gran travajo. Que muchas la honra que los cavalleros mereçen, e grandes mercedes de los reyes, por las cosas que dicho he.»

II

ADALIDES

«Como quier que los moros son astutos en la guerra y diligentes en ella, los que han sido en los guerrear los conosçen bien y saben armalles. Conosçen a qué tiempo y en qué lugar se ha de poner la *guarda*, do conviene el *escucha*, a dónde es neçesario el *atalaya*, a qué parte el *escusaña*; por dó se fará el *atajo* más seguro e que más descubra. Conosçe el *espía*; sabrála ser.

Tiene conosçimiento de los *poluos*, si son de gente de pie, y cuál de cauallo, o de ganado, y cuál es toruellino. Y cuál humo de carboneros y cuál *ahumada*; y la diferençia que ay de *almenara* a la candela de los ganaderos. Tiene conosçimiento de los *padrones* de la tierra, y a qué parte los toma, y a qué mano los dexa. Sabe poner la *çelada*, y do irán los *corredores*, e çeualllos sy les es menester. Tiene conosçimiento del *rebato* fechizo, y cuál es verdadero. Dan avisos. Su pensar continuo es *ardiles*, engaños y guardarse de aquéllos. Saben tomar *rastro*, y conosçen de qué gente, y aquél seguir. Tentarán *pasos* e *vados*, e dañallos o adoballos según fuere menester. Y guían la *hueste*. Buscan pastos y aguas para ella, y montañas o llanos para aposentallos. Conosçen la disposiçión para asentar más seguro el *real*. Tentarán el de los enemigos. Irán a buscar y traer *lengua* dellos, que es muy neçesaria.

Tienen continuo cuidado de mirar al campo, de noche los oidos desçoluados, de día los ojos no çerrados. Porque así es: debaxo de la pestaña del *atalaya* está la guarda del pueblo, gente y hueste. Pues de la puerta dentro, en lugar de frontera, toda su plática es guardalla, e lo que conviene al ofiçio de la guerra. Y a qué ora se çerrarán las puertas y cuánto antes la de la fortaleza; e las *velas* y *rodas* a que ora irán, y no a *estança* sabida, porque la suerte se la ha de dar echada después de las puertas çerradas. Y en ella estar para la entregar al *atalaya* o atalayas, que han de esperar a las *velas*, que vernán al sol puesto. Y las noches fermosas de claridad, a qué parte se pornán las *escuchas*, y en qué lugar los *farones*. Do acudirá el *sobresaliente*. Quando el *atajador* saliere de pie, quién a reçe-billo. E quando a paçer el ganado, quién a guardallo, y qué *guarda* irá a cobrallo. A los *rebatos*, antes, decía Luis de Pernía, ir a buscar cient vezes al enemigo a su casa, que no una quando viene desviar-me de la mía.»

CANCIÓN GOLIARDA

A la memoria de DEREK W. LOMAX. Honesto historiador, serio Profesor, hombre bueno y hasta virtuoso cristiano. Pero también *wandering scholar*, alegre *compagnon* de nocturnas y prolongadas veladas «post-Congreso».

Un soplo de alegría, de consciente inconsciencia, de banalidad. Una autoconcesión y entrega a un hedonismo circunstancial, aunque recurrente. Porque la ebriedad del hombre es pasajera —no como la fealdad de aquella fiera hembra que se la reprocha.

Placer desenfadado de estudiantes e intelectuales medievales (*clerics*) que comparten su ocio ocasional con el permanente y vicioso de vagos y giróvagos.

La exaltación del vino alternado va marcando en la canción goliardesca el mismo ritmo creciente de la festiva jornada de una tuna universitaria, con sus inevitables *Clavelitos*: Copeo preliminar, fuerte copeo, invocación a la amistad, negación de la evidencia —«¿borracho yo?»—, ofensiva contra el clero, entonación del «Asturias, patria querida» (antes de su consagración como himno oficial de la Autonomía asturiana)... *Bibunt centum, bibunt mille!*

Quien no se haya sentido (o querido sentirse) alguna vez goliardo, que tire la primera piedra.

Y con su pan se lo coma.

1 In taberna quando sumus,
non curamus quid sit humus,
sed ad ludum properamus,
cui semper insudamus;
quid agatur in taberna,
ubi nummus est pincerna,
hoc est opus ut queratur
sic quid loquar, audiatur.

2 Quidam ludunt, quidam bibunt,
quidam indiscrete vivunt;
sed in ludo qui morantur,
ex his quidam denudantur,
quidam ibi vestiuntur,
quidam saccis induuntur.
Ibi nullus timet mortem,
sed pro Bacho mittunt sortem:

1 Cuando estoy en la taberna
no pienso en la vida eterna.
Que apenas en ella entramos
al juego nos entregamos
y veréis lo que acontece
donde el tahir prevalece.
Lo que allí vais a encontrar
ahora podéis escuchar.

2 Unos beben, otros juegan
y hasta el desenfreno llegan;
mas a los que al naipe dan
pronto los desplumarán:
que uno llena el calcetín
y otro pierde hasta el fajín.
Mas nadie teme a la muerte
y a Baco impetra su suerte.

- 3 Primo pro nummata vini;
ex hac bibunt libertini,
semel bibunt pro captivis,
post hec bibunt ter pro vivis,
quater pro Christianis cunctis,
quinquies pro fidelibus defunctis,
sexies pro sororibus vanis,
septies pro militibus silvanis.
- 4 Octies pro fratribus perversis,
nonies pro monachis dispersis,
decies pro navigantibus,
undecies pro discordantibus,
duodecies pro penitentibus,
tredecies pro iter agentibus.
Tam pro papa quam pro rege
bibunt omnes sine lege.
- 5 Bibit hera, bibit herus,
bibit miles, bibit clerus,
bibit ille, bibit illa,
bibit servus cum ancilla,
bibit velox, bibit piger,
bibit albus, bibit niger,
bibit constans, bibit vagus,
bibit rudis, bibit magus.
- 6 Bibit pauper et egrotus,
bibit exul et ignotus,
bibit puer, bibit canus,
bibit presul et decanus,
bibit soror, bibit frater,
bibit anus, bibit mater,
bibit ista, bibit ille,
bibunt centum, bibunt mille.
- 7 Parum sexcente nummate
durant, cum immoderate
bibunt omnes sine meta,
quamvis bibant mente leta.
Sic nos rodunt omnes gentes,
et sic erimus egentes.
Qui nos rodunt confundantur
et cum iustis non scribantur.
- 3 La primer ronda de vino
bebe cada libertino.
Se brinda por los cautivos
y tres veces por los vivos.
Cuatro por los allí juntos;
la quinta es por los difuntos;
seis por las mozas de gresca,
siete por la soldadesca.
- 4 La octava por los bigardos,
la nona por los goliardos.
La diez por los navegantes,
once por los discrepantes,
doce por los campesinos,
trece por los peregrinos.
Y por el papa y el rey
beben sin freno y sin ley.
- 5 La ventera y el ventero,
el cura y el caballero,
beben ellos, beben ellas,
los criados, las doncellas,
el ágil y el cojitranco,
bebe el negro, bebe el blanco,
y el diligente y el vago,
bebe el torpe, bebe el mago.
- 6 Bebe el sano y el doliente,
y el rico y el indigente;
y el niño y el ganapán,
y el obispo y el deán;
el hermano con la hermana
y la joven con la anciana,
y el sabio y el zascandil:
¡beben ciento, beben mil!
- 7 Seiscientos morabetinos
se gastan con desatino,
libando sin fin ni freno,
aunque con ánimo pleno.
—Así nos despluman todos
y andamos de tales modos—.
¡Dios confunda a los ladrones
y Él nos dé sus bendiciones!

(Versión libre de E. BENITO RUANO)